

Globalización versus desconexión

Garrote e ideología. El sistema recurre a ambos para educar a las personas de modo que asuman como propios los cambios, las acciones y las propuestas que, paradójicamente, atentan contra sus propios intereses. Ese es el caso de la globalización, que se nos presenta como la panacea que nos conducirá al desarrollo y eliminará a la pobreza, a la marginación social y al desempleo... Claro —nos dicen—, si no nos embarcamos en el proceso globalizador quedaremos excluidos del progreso y condenados eternamente a la miseria... Porque con la globalización no existe dependencia, sino interdependencia... Porque la globalización es un hecho y, en cuanto tal, no contamos con más opciones. El futuro es globalización o nada...

Ya hemos demostrado, en trabajos anteriores, cuáles son los objetivos y los medios de la globalización neoliberal¹, y por ende no parece preciso detenernos ahora en su análisis. Ahora, ocupemos nuestro mejor esfuerzo en la búsqueda de propuestas alternativas a la “glamorosa” globalización. A tal efecto es interesante considerar y conocer la propuesta de Samir Amín, a la que se ha dado en llamar *la desconexión*. Pero antes de avanzar en la descripción de esa propuesta, vale abordar su justificación teórica. Para ello debemos, primero, recordar cuál es la tendencia histórica que sigue el desarrollo del capitalismo. Este recorrido puede hacerse acudiendo a la vieja tesis dependentista, complementada por algunos marxistas —Pierre Salama y Jack Valiere.

El constructo de Salama y Valiere tiene una gran

capacidad explicativa —pese a que uno y otro fueron tildados de troskistas—, y puede resumirse en los siguientes términos:

El desarrollo del capitalismo como sistema se caracteriza por presentar un desarrollo desigual y combinado.

¿Qué significa eso de desarrollo desigual? Significa, sencillamente, que lo que es desarrollo en el centro es subdesarrollo en la periferia. Que desarrollo y subdesarrollo son dos caras de la misma moneda. Que si existen países desarrollados como Estados Unidos es porque los hay subdesarrollados, como los centroamericanos. Todo está fundamentado en la teoría de la dependencia, que ha sido muy cuestionada, tanto por su origen latinoamericano —pareciera que, como somos subdesarrollados económicamente, también lo debemos ser intelectualmente— como por su capacidad interpretativa de la realidad que, lejos de ser invalidada por el desarrollo histórico, se ha visto reiteradamente confirmada.

Por ello, la implementación de las medidas neoliberales (liberalización del comercio exterior, privatizaciones, “modernización” de los aparatos gubernamentales) traerá como lógica consecuencia la profundización del subdesarrollo y de la dependencia.

Más de alguno se preguntará por qué los gobiernos y algunas de las fracciones de la burguesía interior promueven las medidas neoliberales. La respuesta nos conduce a la segunda parte de la

1. Aquiles Montoya, “Globalización... ¿y nada más?”, *ECA*, 1996, 570, o bien, “¿Reacumulación primaria de capital?, *ECA*, 1991, 515.

tesis: "al carácter combinado del desarrollo capitalista", es decir, que al interior de los países, al seno de los ámbitos nacionales, se reproduce la desigual estructura mundial. Hay cierto núcleo poblacional que se enriquece cada vez más a costa del empobrecimiento de las mayorías, como ocurre en nuestro país con el nuevo grupo oligárquico, cuya parte visible se muestra a través del control de las empresas financieras: bancos, seguros, casas de cambio, operadoras de capitales, etc., pero cuyos intereses económicos cruzan actividades económicas tan diferentes como las exportaciones, el comercio, los servicios, la industria y la agricultura. Este nuevo grupo económico y sus allegados están felices y contentos con la marcha económica del país, y esperan con gran entusiasmo la privatización de las empresas públicas y de los fondos de pensiones para hacerse más ricos de lo que ya son.

Si ésta es la naturaleza del desarrollo capitalista, resulta obvio que persistir en la búsqueda del desarrollo en el marco del capitalismo, respetando las leyes económicas del sistema y sus medios e instrumentos de funcionamiento, sólo pueden conducirnos a obtener más de lo mismo, esto es, al desarrollo del subdesarrollo, como decía André Gunder Frank.

¿Qué hacer entonces?

La respuesta teórica sólo puede ser una: desconectarnos de aquello que nos genera subdesarrollo. ¿Y qué es eso que nos genera subdesarrollo? El estilo y el carácter propio del desarrollo capitalista, cualquiera que sea el modelo particular que asuma. O sea, pues, que para que la periferia pueda avanzar hacia el desarrollo es necesario romper con el sistema capitalista mundial. O bien, dicho en términos menos abstractos y más operativos, la periferia debe negarse a someter su estrategia nacional de desarrollo a los imperativos de la globalización, forma particular que asume el desarrollo capitalista en nuestros días. Lógicamente, para que la negativa a la globalización sea viable, los países de la periferia deberán contar con una estrategia nacional de desarrollo propia, que suponga un diagnóstico de nuestra realidad, una definición clara de nuestros objetivos y la determinación de los medios con que contamos para conseguirlos.

Lejos de lo que pudiera parecer, desconexión no es sinónimo de autarquía. La desconexión alude a la necesidad de que el crecimiento sea auto-

centrado. A diferencia del modelo neoliberal, en el cual el sector externo se presenta como el motor del crecimiento económico y las exportaciones e importaciones como un fin en sí mismas, en el modelo de la desconexión las exportaciones y las importaciones se convierten en un medio para potenciar el desarrollo de los sectores económicos internos, que producen primigeniamente para satisfacer la demanda doméstica, sobre todo la de bienes de consumo popular.

Las ventajas de un modelo autocentrado, basado en la desconexión, son muchas. Primero, exige y posibilita una mejor distribución del ingreso. La exige, ya que de lo contrario no podría realizarse la producción doméstica. Pero a su vez la posibilita, al generar una mayor cantidad de empleo y, consecuentemente, de ingresos. El modelo autocentrado presupone una mejor distribución del ingreso, una redistribución que, a diferencia de las propuestas del pasado, no exige una repartición de los activos diferente. Inclusive, con la actual distribución concentrada de los activos es posible dividir mejor los ingresos en la medida que se paguen mejores sueldos y se generen nuevas fuentes de empleo. Como se puede apreciar, un modelo autocentrado no estaría cuestionando al sistema, sino mejorando las condiciones de vida de los sectores mayoritarios de la población.

En segundo lugar, al producir principalmente para el mercado interno, se reduce significativamente la dependencia de los mercados externos y en esa medida se disminuyen los riesgos de las fluctuaciones de los precios internacionales, a diferencia del modelo neoliberal que asume este albur so riesgo de pauperizar a los trabajadores al buscar competitividad artificial pagando bajos salarios. Esa costumbre es posible en tanto que la producción no se realiza de forma interna, pero conlleva graves problemas sociales y políticos.

En tercer lugar, un modelo autocentrado exige y posibilita articular a los distintos sectores económicos, en la medida que se va avanzando en el proceso de desconexión. Esto trae aparejada la ventaja de que los dinamismos de un sector se transmiten necesariamente a los otros, con lo cual se estaría corrigiendo una seria deformación de nuestra economía, profusamente evidenciada por Francisco Javier Ibisate a través de su análisis de la matriz salvadoreña insumo-producto.

La desconexión, tal como fue concebida origi-

nalmente por Samir Amín², es una alternativa sistémica y, en tal sentido, puede ser utilizada como modelo de construcción del socialismo y de cualquier otra forma de organización social alternativa al capitalismo. Pensada desde y para África, podríamos asumir que, en la medida que América Latina está más integrada a los circuitos mundiales del capital que el continente negro, la fórmula de Amín no tiene nada que ofrecernos; sin embargo, además de tener en mente la percepción actual de que los procesos revolucionarios no se ven como muy posibles en el corto plazo, hay que pensar en alguna modalidad de desconexión relativa. Y es de tal opción que se ocupa, precisamente, el economista español Alburquerque, proponiéndonos, no una desconexión absoluta, sino una selectiva temporal.

El carácter de temporalidad —a mi juicio— admite dos posibilidades: la primera, en el sentido que la usa Alburquerque, para mientras se desarrollan los países capitalistas subdesarrollados, en una visión desarrollista; la segunda, por la que yo optaría, para mientras se mejoran las posibilidades de construir alguna modalidad de socialismo, por ejemplo, el socialismo popular³, en una perspectiva revolucionaria realista.

La visión desarrollista de Alburquerque se evidencia cuando sostiene que

hay que buscar políticas económicas que favorezcan no sólo el crecimiento sino también la equidad; y del mismo modo, hay que destacar en la política social los efectos de los incrementos de la capacidad productiva, además de la equidad. El aumento del empleo productivo o la inversión en capital humano son ejemplo de este tipo de políticas que contribuyen al mismo tiempo a objetivos de crecimiento con equidad⁴.

Esta es, sin lugar a dudas, la visión *cepalina* de “crecimiento con equidad” de inicios de la década, actualmente transformada en “desarrollo sostenible” con la introducción de consideraciones ambientalistas. Por lo demás es sabido que la Comisión Económica para América Latina nunca ha abogado por alternativas sistémicas.



Con todo y todo, eso no hace despreciable la idea de una desconexión selectiva temporal. Por el contrario, en una época en la que se respira cierta orfandad en términos de propuestas alternativas, nos parece necesario conocer sus planteamientos. Justo en este tiempo, cuando se le pide al gobierno que se aleje de la actividad económica, Alburquerque dice:

se hace obligada la intervención selectiva y estratégica del sector público, a fin de llevar adelante la adecuada selección y orientación de inversiones hacia una industrialización de amplia base, como medio para producir la mayor cantidad de eslabonamientos entre actividades, ramas y sectores del tejido económico interno, aportando los servicios necesarios a la producción en sentido amplio, fomentando el ahorro y la recaudación fiscal, facilitando el acceso a la financiación y la información sobre todas las fases del proceso económico⁵.

2. Samir Amín, *La desconexión*, Madrid, 1989.

3. Sobre el particular leer mi ensayo “El socialismo popular, una propuesta de socialismo desde el tercer mundo”, *Realidad*.

4. Francisco Alburquerque, “La necesidad de una estrategia de desarrollo alternativa al neoliberalismo”, *Cuadernos de Paz y Solidaridad*, Madrid, 1994, p. 86.

5. *Ibid.*, p. 87.

Pero Albuquerque no sólo plantea la direccionalidad como un dinamismo que el gobierno debe imprimir a la inversión, a fin de posibilitar la articulación intra e intersectorial de la economía, sino que propone acciones concretas como el fomento del ahorro interno y de la recaudación tributaria, del financiamiento y de la información, todas ellas de suma trascendencia para lograr los objetivos deseados y que, de no existir un esfuerzo gubernamental consciente, difícilmente podrían ser conseguidas si se les deja al albedrío del mercado.

Nos parece de particular importancia ocuparnos del fomento del ahorro interno, considerando que es una vía alternativa para el financiamiento externo, que fue uno de los factores que echaron al traste la industrialización sustitutiva de importaciones. El *quid* radica, no en la alternativa teórica de ahorro interno *versus* ahorro externo —que resulta obvia—, sino en cómo asegurar que exista ahorro interno y en cómo captarlo.

Tradicionalmente, debido a la concentración del ingreso en los países periféricos, el ahorro potencial ha tenido como principal fuente a las ganancias empresariales; sin embargo, éstas, en lugar de orientarse hacia la reinversión, han sido dilapidadas en consumo suntuuario. El ahorro potencial no se ha convertido en ahorro real, pero no por incapacidad material para ahorrar, sino por una práctica consumista. Similar comportamiento han presentado otros agentes con capacidad de ahorro, como las capas medias, víctimas de la tradición consumista de la clase alta, a la que buscan imitar consumiendo más allá de sus posibilidades. Finalmente, están los sectores populares, que han practicado el ahorro forzoso mediante el sistema previsional. Si a este le sumamos un mínimo de ahorro familiar voluntario, podemos encontrar cifras nada despreciables.

Si realmente se desea promover el ahorro interno como fuente de inversión es preciso implementar dos medidas. Primero, penalizar el consumo suntuuario; segundo, abrir el mercado de capitales, negociando acciones de las empresas en la bolsa de valores, con lo cual se captarían más ahorros de los que actualmente se consiguen a través de los depósitos a plazos, debido a su mayor rendimiento financiero y a que sería innecesario privatizar los fondos de pensiones, que podrían invertirse directamente en capital accionario y fi-

nalmente, elevando el nivel general de salarios. Con esto último se cumpliría, no sólo con una obligación social, sino con la conveniencia de incrementar la masa de ahorro proveniente de los sectores populares, menos consumistas que los sectores medios y altos.

Como puede apreciarse, no basta con desear el ahorro ni con proponerlo, como lo hace en su manifiesto la Asociación Nacional de la Empresa Privada. Para propiciarlo se requiere de medidas que sólo el gobierno puede implementar. La "magia del mercado", que para realizar los ajustes entre consumo y ahorro sólo cuenta con las tasas de interés, es insuficiente, como lo evidencia la experiencia reciente. El mercado no ha logrado generar suficiente ahorro interno, pese a que las tasas de interés domésticas han estado muy por encima de las internacionales.

En cuanto al nuevo eje de acumulación, o al motor del crecimiento económico, cuando sólo se ve la posibilidad de insertarse al mercado mundial o la necesidad de lograr competitividad externa, Albuquerque sostiene que

la separación selectiva de la inserción dependiente en la economía internacional no es una meta en sí misma, sino una estrategia para impulsar el desarrollo propio. El desarrollo autocentrado se orienta principalmente a la satisfacción de las necesidades básicas por medio de una transformación productiva interna, con tecnologías apropiadas y adaptadas a la dotación de recursos propios, movilización de ahorros interiores y, especialmente, mediante un control nacional de las nuevas industrias⁶.

La propuesta de la desconexión selectiva temporal busca romper la secular inserción dependiente, que ha demostrado su incapacidad de propiciar el desarrollo de la periferia. Si a esta confirmación sumamos la necesidad de satisfacer los requerimientos básicos del motor del desarrollo, conformamos el enfoque fundamental de lo que podría ser una estrategia alternativa de desarrollo, complementada con el señalamiento respecto al componente tecnológico, del cual se pide que sea apropiado y adecuado a la particular dotación de recursos.

Nos gustaría interpretar la propiedad de la tecnología desde una perspectiva ambientalista. Asu-

6. *Ibíd.*, p. 87.

mir que el aparato logístico es idóneo, aún si atenta contra el medio ambiente, es absurdo. Hasta ahora, empero, ese razonamiento ha ilustrado uno de los males endémicos padecidos por la periferia. La dependencia, y dentro de ésta la dependencia tecnológica, ha llegado al extremo de propiciar en nuestro medio el uso de insumos y técnicas prohibidas en el centro.

Respecto de la adaptación de la tecnología a los recursos disponibles, que pueden ser reducidos al tipo de energía que se usa en los procesos productivos, es pertinente decir que, además del aspecto social —que impone la necesidad de usar técnicas intensivas en mano de obra, considerando su abundancia— debe atenderse a un criterio ambientalista a fin de optar por energéticos limpios o no contaminantes. Sólo así podemos asegurarnos que el desarrollo presunto no se vea aniquilado por los costos sociales de la recuperación del medio ambiente.

Como última referencia a la visión de Albuquerque, la desconexión presupone una mayor integración entre los países subdesarrollados, la disminución de la dependencia del mercado y la activación de procesos de regulación o planificación del desarrollo. Vayamos por partes. Primero, Albuquerque, lejos de sugerir, por ejemplo, la inserción al NAFTA —que está brindando a México resultados no deseados en materia social—, propone una integración real de los países subdesarrollados de modo que no se conviertan en un medio oficializado de transferencia de excedentes desde los países con un menor desarrollo relativo hacia los de mayor desarrollo. En consecuencia, una integración de la periferia no sólo deberá considerar las diferencias en cuanto al desarrollo relativo de sus integrantes, sino servir de medio para potenciar el desarrollo de los países que inicien la alianza con marcadas desventajas. Adicionalmente, deberán aprovecharse las ventajas competitivas de aquellos países integrados con terceros, comenzando un proceso que les convierta de transmisores en receptores de excedentes. La tarea no es fácil, pero tampoco imposible si tomamos en cuenta que el futuro de los centros está ligado al de la periferia.

Por otra parte, al operar como un bloque es posible enfrentar con mayor éxito los procesos de negociación con los organismos internacionales que, hasta ahora, han sabido sacar ventaja de las debilidades de los países periféricos que actúan de

manera aislada.

En segundo lugar, la fe ciega y las vanas esperanzas que se pudo haber tenido en el mercado han ido despejándose a medida que los programas de ajuste estructural han mostrado indeseables frutos. Aún no se llega al punto de cuestionar teóricamente la concepción del mercado y las potencialidades que se le atribuyen; sin embargo, empíricamente se ha comprobado que, dejado a sus propias fuerzas, es muy poco lo que puede brindar. La razón es bastante simple: si se deja actuar al mercado, se permite la reproducción de una estructura de demanda determinada que conduce irremediablemente a serios desajustes en la balanza comercial. En consecuencia, no se trata de eliminar al mercado, pero tampoco al gobierno... se trata de buscar una relación complementaria, justa y adecuada entre Estado y mercado.

Me permitiré poner un ejemplo sencillo a fin de ilustrar la desconexión selectiva temporal en lo referente a la participación del Estado y al rol del mercado. La apertura comercial que están experimentando todos los países de la región supone, hoy por hoy, la importación de una enorme cantidad de bienes de consumo popular que están arrasando con la producción nacional. En un principio, el fenómeno puede parecer beneficioso, ya que se obtienen bienes de consumo a menor precio. Pero ¿qué pasará cuando los que vivían directa o indirectamente de su producción local ya no lo hagan? Contaremos con bienes importados más baratos, pero no con ingresos para adquirirlos. ¿No es esta razón suficiente para apoyar una desconexión selectiva temporal?

La desconexión selectiva temporal tendría muchísimo mayor sentido de futuro si, además de buscar la articulación inter e intrasectorial, se privilegia a las nuevas formas de producción popular, por ejemplo, a la producción cooperativa, a la producción ecológica campesina y a la producción asociada microempresarial.

Algunos dirán que esta propuesta trata de retornar al pasado y que es reaccionaria; sin embargo, detémosnos recordar que nuestros países nunca han conocido una estrategia de desarrollo autocentrado, que aquí nunca se concibió a las exportaciones como un medio para desarrollar nuestras actividades domésticas, que nuestras economías siempre han vivido insertas en el mercado exterior, en condiciones de dependencia, y que todo ello, pre-

cisamente, ha imposibilitado redistribuir el ingreso con un sentido económico, es decir, como un medio para ampliar el mercado interno.

Ahora, El Salvador presenta condiciones excepcionalmente favorables para iniciar un proceso de desarrollo autocentrado; desafortunadamente, en vez de aprovecharlas, queremos implementar "programas de desarrollo" diseñados para países con realidades muy diferentes a la nuestra o, en todo caso, simples elucubraciones teóricas sin ningún contenido de realidad fáctica.

¿A qué condiciones nos referimos? Primero, a una significativa distribución de activos, como efecto de la reforma agraria y de los programas de reinserción de los ex combatientes, por ejemplo el Programa de Transferencia de Tierras y otros para apoyar a microempresarios, auspiciados por la Unión Europea; segundo, la persistencia de un importante flujo de divisas en concepto de remesas, que ha estimulado la demanda de consumo de amplios sectores de la población, pero poco o nada a la demanda de inversión; tercero, contamos con los procesos de privatización, que podrían contribuir a la democratización de la propiedad; finalmente, existe un segmento del mercado laboral ocupado en las maquilas.

Ninguna de estas cuatro condiciones ha sido utilizada en la forma debida. Así, por ejemplo, en vez de buscar "torpedear" el proceso de reforma agraria, lo que se debiera hacer es consolidarlo dentro de un esquema de desarrollo sostenible, buscando generar distintos eslabones dentro de la cadena del valor agregado, consiguiendo que un importante sector de la población campesina abandone definitivamente sus condiciones de miseria secular. Así, se constituiría en un sector con poder adquisitivo y, por ende, dinamizador de la economía doméstica. En cuanto a los programas de reinserción, más que verse con criterio político deberían enfrentarse con ojos económicos procurando que cada ex combatiente se convierta, de manera individual o asociada, en un sujeto económico. Luego, la responsabilidad del gobierno no se agota en el simple hecho de cumplir con lo formalmente pactado, sino en darles seguimiento y acompañarlos hasta que los beneficiados logren caminar por sus propios pies.

Las divisas provenientes de los remesantes han sido utilizadas de la manera más absurda, estimulando el consumo y con él al comercio, y financiando importaciones cuando pudieron haberse

convertido en el medio para desarrollar la producción doméstica. Tal parece que los economistas y los hacedores de políticas no asimilan ni siquiera las lecciones históricas resabidas, ya que un país que dilapida los ingresos provenientes del exterior termina peor que como estaba luego que se suspenden los flujos externos, como nos lo recuerda el caso del imperio español.

Un análisis similar puede hacerse de los ingresos que obtienen los trabajadores de las maquilas. Lo grave de ambas situaciones es que tienen un carácter temporal y bastante volátil: hoy se tienen, mañana no. Si se sabe que la maquila no tiene ningún efecto multiplicador en términos productivos, ya que se importa todo lo que se procesa, resulta elemental buscar la mejor forma de aprovechar los ingresos salariales que genera. De lo contrario, la maquila pierde su sentido y razón de ser, convirtiéndose en un simple enclave de mano de obra servil.

Finalmente, en lo que respecta a los programas de capacitación a los microempresarios, no tendrán ningún efecto si no van acompañados de medidas de desconexión selectiva temporal que les permitan despegar. Si se les deja por la libre, compitiendo en un mercado saturado por importaciones de menor precio y calidad —venidas de los países a quienes algunos quisieran que imitéramos—, es seguro que terminarán siendo aniquilados en sus esfuerzos productivos y volverán a su condición de desempleo, subempleo y miseria.

Lo importante de la desconexión selectiva temporal es no perder de vista que —desde mi opinión, ya que me parece que no será posible alcanzar el desarrollo dentro del sistema capitalista— se trata de un "para mientras", un para mientras existan mejores condiciones en la construcción del socialismo popular o en la de cualquier otra organización socioeconómica alternativa al sistema capitalista.

¿Qué medidas específicas y concretas pueden conducirnos a una desconexión selectiva temporal? Estas dependen de las condiciones objetivas de cada país, pero tienen que ver, en todo caso, con las propuestas de los programas de ajuste estructural... del cual son negación, pese a los males, las risas burlonas o las incomprensiones de los intelectuales orgánicos del sistema y de su formación anglófila.

Nos parece que la mejor forma de presentar las medidas de la desconexión es contrastándolas con aquellas propias de la globalización.

Globalización	Desconexión
<p>Apertura comercial.</p> <p>Predominio del mercado.</p> <p>Privatización.</p> <p>No intervención del Estado.</p> <p>Competitividad por <i>shock</i>, ilusoria o artificial.</p> <p>Enfasis en las exportaciones-importaciones.</p>	<p>Apertura selectiva y controlada.</p> <p>Regulación-planificación.</p> <p>Selectiva, democratización de la propiedad.</p> <p>Selección y orientación de las inversiones hacia una industrialización de amplia base.</p> <p>Proceso tendiente a mejorar la productividad.</p> <p>Desarrollo autocentrado: énfasis en las necesidades básicas.</p>

Para concluir este corto ensayo, quisiéramos añadir que sería posible eliminar muchos de los lamentos que ya se escuchan —inclusive entre los grandes empresarios industriales y ya no digamos entre los medianos y pequeños— si, en vez de aceptar pasivamente esquemas manualescos y neoliberales de crecimiento económico, se optara por un modelo de desarrollo autocentrado dentro del marco de la desconexión selectiva temporal.

Es necesario que entendamos que la industria y la agricultura domésticas no están en capacidad siquiera de competir con la industria y la agricultura mexicanas —y eso que México no posee niveles productivos muy superiores a los del área. De allí que ante la eliminación o disminución de barreras arancelarias y no arancelarias, muchos empresa-

rios nacionales busquen fusionarse o vender sus empresas a los mexicanos. Si se sigue por la ruta económica que ARENA está trazando llegaremos a un punto sin retorno, en el cual los lamentos serán generalizados. Para entonces ya no habrá nada que hacer.

Por otra parte, a aquellos que únicamente piensan en términos políticos, debemos señalarles que mientras no se avance en materia de democratización económica y, por consiguiente, se busque democratizar el acceso a los bienes y servicios necesarios para la vida humana, de poco o nada servirán los esfuerzos realizados en pos de una democratización política.

Aquiles Montoya